

importación y exportación, recuperar las materias primas...

—¿Usted puede expresarnos en pocas palabras en qué momento, en qué definición, se encuentra actualmente su Gobierno?

—Caminando... hacia la conquista del poder.

—El primer domingo de abril, las cosas parece que marcharán bien, pero la unidad popular en las elecciones para regidores...

—No creo que nos vaya muy bien. Nos va a ir bien, pero no muy bien. El carácter de estas elecciones municipales, no es político. Son elecciones en que influye mucho la condición humana. Un médico, un profesor, se consideran por su influencia humana y no por su condición política. Hay médicos comunistas por los que votarán gente de derecha. Una elección política es la parlamentaria.

—En este caso, ¿qué piensa para la elección, al cargo de senador, que usted dejó vacante?

—Si se junta la democracia cristiana con la derecha, como creo que van a juntarse, serán muy duras para nosotros. No imposibles, pero sí difíciles.

—A más de cien días de su Gobierno, ¿cómo sería un somero balance?

—Yo soy un buen Presidente (Allende se ríe con ganas durante un momento.) El balance es positivo en muchos aspectos. Positivo en lo que hemos hecho, positivo en lo que vamos a hacer. Positivo hasta la desesperación de algunos sectores, positivo porque hemos respetado todas las opiniones aun con una tolerancia demasiado grande. Positivo porque, a pesar de todo, las cosas van desarrollándose como las habíamos previsto y sabiendo que íbamos a tener grandes dificultades por el cauce legal. Positivo hasta en la desesperación de los campesinos.

—¿Cómo alguien puede imaginarse que los campesinos, que durante siglos han estado reclamando la tierra, pueden ahora, con un Gobierno popular, tener serenidad como para no tomarse la tierra? Es un hombre que tiene hambre y que sabe que nosotros no le vamos a balear. Lo que hemos logrado en el terreno de la persuasión, de la concientización, es grande; con

sus fallas, es cierto, pero ahí vamos. Además, ustedes ven la actitud de las fuerzas armadas. Esta mañana me presentaron honores, y yo les había pedido que no. Inclusive yo andaba con una guayabera. Hay muchas demostraciones de que las fuerzas armadas tienen aquí conciencia profesional y respetan al Presidente de la República, esto es muy importante y muy excepcional en América Latina.

—Pero hay una cuestión que anotan los observadores: usted, como personalidad, busca y provoca movilización en las masas. Estas mismas jiras que usted realiza, sus encuentros en las poblaciones regionales de Santiago, etcétera. Pero, sin embargo, no se advierte movilización de masas, ideológica, en torno a la unidad popular.

—Eso es una falla. Una falla sería de ciertos sectores que, además, creo que se les pondrá remedio, porque yo se lo he dicho. Además, ustedes comprenderán que yo no puedo estar en todas partes y hacerlo todo. El día para mí tiene, como para cualquier ser humano, diez, doce o catorce horas de trabajo. Estas jiras, por ejemplo, son agotadoras. Sí, es una falla.

La conversación no terminó allí. Pero fue en este punto, que los corresponsales nos dimos cuenta que ya era pasada la medianoche.

—Pero ustedes vieron a esta gente. Realmente me quieren, ¿no? Es gente muy sufrida. Cuando aquí, en esta empresa, hay, por ejemplo, quien gana setenta mil dólares anuales. Es una barbaridad. Y el año pasado estos mineros trabajaron prácticamente por el valor de su alimentación.

Efectivamente, pudimos comprobar en esta jira el real cariño que se le tiene a Allende en las zonas salitreras y en las clases obreras del cobre. La esperanza que hay en los rostros secos, inclusive de viejos y viejas (Allende inició un discurso en una población, que no fue publicado, diciendo: «Mis viejas y viejos») que recordaban que en treinta años ningún Presidente de la República había puesto sus pies en esa tierra reseca, implacable en su belleza, en sus posibilidades y en su desgracia de zona típica. ■ JORGE TIMOSSI. (P. Latina.)

La Capilla Sixtina

LA DERECHA DEMOCRÁTICA

Mi amigo Menelao el Areopagita me ha sorprendido una vez más. Nada más enterarme de que los demócratas griegos de derechas se han unido para acabar con el régimen de los coroneles, le he enviado un telegrama de felicitación a su domicilio de desterrado ginebrino. Menelao me ha respondido con unas notas cargadas de escepticismo:

«Por muchas mesas redondas que haya, querido Sixto, los coroneles siguen controlando los tanques y la Policía, y por si faltara algo, tienen a la CIA y a la OTAN con ellos».

Pero, le he razonado en mi carta de respuesta, una derecha democrática unida lógicamente representa a una burguesía unida y, ¿qué régimen de coroneles puede aguantar con la burguesía enfrentada? La burguesía, me ha contestado Menelao, tiene más miedo que vergüenza y por temor al proletariado prefiere quedarse con coroneles y sin derecha democrática.

De siempre el exilio ha provocado dos enfermedades aparentemente contrapuestas: el optimismo y el pesimismo. A Menelao, que es un depresivo como todo intelectual sensible, le cuesta muy poco pasar de uno a otro talante y estos días pasa por malos momentos. A él se debe la frase que pronunció en Salónica en el transcurso de un mitin de la EDA:

«Si la derecha democrática no existiera habría que inventarla».

Dramática tesis la de las izquierdas europeas que necesitan derechas democráticas fuertes para que la burguesía no se asuste y recurra al fascismo. Los cabezas visibles de la izquierda van solicitando encarnaduras democráticas:

—Y usted, ¿por qué no se hace demócrata de derechas, hombre?

—Es que soy trotskista, verá usted.

—¡Pero qué tontería! Lo que necesitamos son demócratas de derechas. No es preciso ya que se haga demócrata cristiano, que está muy «demodé». Pero servan-schreiberista no iría mal. Vamos, hombre, hágase servan-schreiberista y podremos empezar a hablar sobre las posibilidades de un tránsito democrático.

—Es que me cuesta mucho dejar de ser trotskista.

—Pero hay que evolucionar. No hay más remedio. No va a ser usted toda la vida trotskista.

—No sé. No sé. Así de sopetón.

—Ser de la derecha democrática tiene muchas ventajas. Tiene usted una buena vida y una buena muerte. Puede sostener un tren de vida impensable para un izquierdista y cuando le detengan le tratarán de usted.

—Si me lo pinta tan de color de rosa...

Menelao el Areopagita, en su Grecia natal, realizó frecuentes veces estas campañas de prospección. Cuando conseguía trabar amistad con un papandreusta lo enseñaba a todos los amigos.

—Fulano de Tal, demócrata de derecha.

Y gran parte del prestigio político de Menelao se debe a su apostolado democrático derechista. Hasta que un día se dio cuenta de que gran parte de la labor de la EDA había consistido en crear una derecha democrática coloquial que se quedó enmudecida cuando los cañones empezaron a sonar precisamente contra las cabezas de la EDA. Los demócratas derechistas más honestos se exiliaron y los restantes se callaron o fueron a la cárcel.

—¿Y dónde está la burguesía que tolera este atropello contra sus representantes?

—Coteje estadísticas y compruebe que bajo Pompidou y el Parlamento se consumían un diez por ciento menos de kilovatios hora que bajo el régimen de los coroneles, que antes los hijos se hurgaban las narices con más frecuencia sin confesarse a los popes y que ahora de cada diez burros muertos por sarpullido, ocho no son contagiosos; en cambio, bajo la democracia formal seis eran contagiosos. Además, los coroneles han conseguido congelar los precios del sidral, el fosfato férrico y los husos para tejer lino. En mil novecientos cincuenta y seis, tres de cada millón de griegos morían de un ataque de hipo. En cambio, en mil novecientos setenta y uno, sólo uno de cada dos millones de griegos muere de varices.

—Parece increíble.

—Pero es verdad. ¿Sabía usted que antes todos los griegos iban con alpargatas sin calcetines y ahora van con alpargatas y calcetines?

La burguesía pactista se defiende argumentalmente y Menelao, desde su torre de marfil ginebrina, contempla las alianzas entre karamanistas y papandreustas con una mueca escéptica.

—La jugada redonda sería una alianza entre papandreustas, karamanistas y coroneles para guisarse ellos el cordero con salvia (plato típico griego) y marginar a la izquierda.

—Pero eso es imposible. Una democracia formal necesita su izquierda.

—Si la izquierda no existiera habría que inventarla. ¡Y vaya si la inventarán! Buscarán a un coronel con barba guevarista y le dirán: chico, anda, crea una izquierda bizantina, social y representativa.

SIXTO CAMARA